MANUEL ALONSO ALCALDE

CUENTOS

Madrid - Palma de Mallorca

MCMLXVII

De «PAPELES DE SON ARMADANS», n.º CXXXV. Junio de 1967.

Tirada aparte de cincuenta ejemplares numerados.

Ej. n.º 39

TARDE DE SÁBADO

Se reían, y el señor José mucho más, porque con que «venga, póngale otra copa por mi cuenta» y «beba usted, que se le enfría el vino», el hombre había terminado por emborracharse; hasta que, de pronto, le dio por soltar la muleta y empezar a brincar por el establecimiento con la pierna sana, mientras la otra, la cortita, que colgaba como una cosa muerta, saltaba y oscilaba como un péndulo, con su zapato nuevo en el pie.

Ellos se pusieron a cantar y a batir palmas, para jalearle:

—¡Que sí, señor! ¡Así se baila!

—¡Dale!

Una tarde de sábado, bastante aburrida, en la que ninguno esperaba que fuesen a pasarlo tan bien al final, ya que tampoco habían imaginado que acabarían compartiéndola con aquel monstruito macrocéfalo de beatífica mirada, que cantaba y bailaba, agitando en la mano las tiras azules de las listas de la Cruz Roja, prendidas con una pinza de la ropa en la solapa de su chaqueta. Durante unas horas podían disponer de un bufón para su uso particular como los reyes de otros tiempos: un lujo.

—¡Viva tu padre!

Efectivamente, vivía. Uno podía creer al mirarle, que había brotado por generación espontánea con el

único objeto de ir por ahí vendiendo lotería y cupones, con el alma en estado de gracia y el cerebrín rodando dentro de su cabeza enorme como el cañamón de un cascabel; pero no: había sido engendrado y había nacido y crecido como todo en el mundo.

—¡Hele ahí!

—¡Mucho!

—Ta catacá sa sa.

—¡Adiós! ¡Se mató!

—¡Menudo follón!

Había caído, golpeándose la frente contra el estribo de metal de la barra.

—¡Tira! ¡De prisa! ¡Hay que largarse de aquí!

El dueño del bar asomó por encima del mostrador, para enterarse de lo sucedido:

—¡Eh! ¡Oigan! —llamó; pero ellos habían desaparecido ya, huyendo sin volver la cabeza, como la familia de Lot.

Comentó con un parroquiano:

—¿Ha visto usted? Toda la tarde venga de hacer gasto y, al final, se van sin pagar.

Entre varias personas habían levantado al señor José y lo habían sentado en una silla.

—Pero ¡hay que ver cómo me lo han puesto! —dijo uno.

Y el dueño, curándose en salud:

—Él tiene la culpa. Nadie le obligaba a beber.

En el suelo, sobre las baldosas, mezclada con huesos de aceituna, mondadientes, colillas, pieles de marisco

y servilletas arrugadas, quedaba una mancha de sangre inocente; pero el dueño la hizo desaparecer en seguida, volcando encima un cubo de aserrín.

—Aquí no ha pasado nada —dijo, dirigiéndose al público—. Ustedes lo han visto. Nada.

Y descolgó el teléfono y comenzó a marcar el número de la Comisaría.

Y el señor José seguía canturreando en voz baja, mientras se oprimía la frente con un pañuelo.

LA NORIA

Todavía no he llegado a las cucarachas, pero a la perlesía sí, como Santa Teresa. Claro que yo no soy precisamente un santo, pero si ella escribió todo aquello temblándole el pulso, yo, que escribo a máquina, puedo... No sé por qué, pero ahora me da por el vodka y el pernod, y hasta, si llega el caso, por el verde ajenjo, como a Verlaine. No por esnobismo, qué más quisiera yo. Soy un tipo lo bastante corrido para saber de lo que se puede y no presumir. Debe ser que, en el fondo, me gusta cargarme de prisa, ponerme en seguida en órbita. Como que al achicar el segundo vaso y llevármelo, vacío, a la oreja, ya empiezo a oír el mar. Y da la casualidad, haga usted la prueba, de que el mar que persiste en un vaso que ha contenido, por ejemplo, absenta o pernod, no suena lo mismo, ni mucho menos, que el que se refugia, mesocrático y ñoño, en una de esas estúpidas caracolas marinas que andan por ahí. Es un mar angustioso, créame; unas veces se pone de color índigo intenso, y otras, «perso» como el Infierno del Dante. Confieso: no me interesa el arte por el arte ni la alegría del vino por la simple alegría y todas esas idioteces que se dicen. Así que, en realidad, cuando me pregunta el neurólogo que si esto que si aquello... Porque, verdaderamente, no acabo de comprender el motivo. Soy soltero; treinta y cuatro

años; sin problemas sentimentales ni de los otros; un fulano, lo que se dice, en plena forma. Verbigracia, resulta que a mí me gustaría viajar; izar todas las velas del barco, y, ale, rumbo al Estrecho de Magallanes, como el Capitán Etayo, y, sin embargo, vivo amarrado a la noria: de casa al Casino; del Casino al «Bar Tico»; del «Tico» a la «Cafetería Baviera»; de aquí al «31»; del «31» a «Piquío»; de «Piquío»... Condenado a dar vueltas sin remedio a la noria, a ver todos los días la cara azul del barman del «Babiera»; o a Max, el camarero del «Piquío», que se mueve de un lado a otro de la barra como un pingüino afeminado, y sólo se le ve sonreír, como si verdaderamente añorase el Polo, cuando viene a poner en el vaso unos cubiletes de hielo; y, en fin, a terminar bajo los soportales de la Plaza Mayor, frente a frente con la puñetera estatua del Conde, con su pendón, su cota de mallas y su altivo gesto de bruto medieval, muy por encima de la perlesía, las cucarachas y los superalcoholes. En la Plaza Mayor, a las cuatro de la madrugada, condenado a oír las cuatro campanadas del reloj consistorial, blanco y redondo como una luna mientras aparece Martín haciendo sonar sus llaves de sereno como una campana. Y «anda, Martín, échame una mano»; y «tranquilo, don Antonio, cójase a mí, suelte la barandilla»; y «no me dejes solo, Martín, tengo miedo»; y «está usted helado, don Antonio»; y «¿quieres echarme también la bata?»; y «voy a hacerle un poquito de té»; y «ya empieza la taquicardía»; y «lo que debía hacer usted

es casarse»; y «¿oye usted a los gatos? Parece que lloran»; y «claro, un hombre solo, a sus años»; y... La noria, ¿me comprende? Lo que se llama dar vueltas a la noria. Como un esclavo en el molino. Sin remisión. Sin esperanza.

MANUEL ALONSO ALCALDE

Avenida de África, 3.
Ceuta.